





CELIA AÑÓ ESPÍ

*Mágica
Pirimpella*
Las desventuras de Tramuntana

Literup

LITERUP EDICIONES

A ti, si disfrutas cuando tus pasos
te llevan a lugares desconocidos.

A ti, si alguna vez te has perdido.

Y a ti, si esperabas que Tramuntana regresase.



Mágica Pirimpella bailaba donde convergía la nada y el todo. Aunque era ausencia y desconcierto, su chaqueta nebulosa brillaba con la intensidad de lo verdadero. Con cada giro, destellos blancos y rosados se sucedían a su alrededor, evocando el nombre de constelaciones desaparecidas y deseos formulados en silencio. Con cada vuelta, un cometa perdido encontraba un pedazo de luna.

No os equivoquéis: esta historia no tiene nada que ver con Mágica Pirimpella. Pero, al mismo tiempo, lo es todo.



Tramuntana aterrizó en el fin del mundo de golpe y porrazo. No le dolió, pues su cuerpo era de aire hilado, pero su perro no tuvo tanta suerte: Azulejo terminó desmadejado, con las patas revueltas por la caída y el hocico torcido por el disgusto. Aunque no era la primera vez que acababa en un boquete ni que el suelo se partía bajo sus pies, nunca había tropezado con uno tan inmenso. Le recordó a un agujero negro de oscuridad inabarcable. Y en esa inmensa nada sobresalía un jardín de cristal, donde cada arbusto y flor habían sido tallados por una mano experta. Los dos habían tenido la mala fortuna de aplastar un matorral de lirios. O rosas. No había mucha diferencia entre esos pétalos espachurrados en esquivarlas.

Distinguió también una fuente, un espantapájaros con un nabo por cabeza, varios bancos en los que sentarse, una pagoda y otras razones por las que avergonzarse, pues hasta ese momento había seguido un camino milimétricamente recto. Sin baches ni grietas, con diversas señalizaciones en postes y una valla de referencia para no perderse.

—¡Bienvenida! ¡Bienvenida! ¡Bienvenida! —El espantapájaros se acercó a ella entre brincos, que sacudían un traje negro deformado por el armatoste de madera—. Bienvenida al Ojal, octava maravilla del mundo. Aquí hubo una vez un botón que quizá se perdió, quizá lo arrancaron, quizá acabó por caerse. ¡Bienvenida! ¡Bienvenida! ¡Bienvenida! Eres muy afortunada. El Ojal existe en ninguna parte. Muy pocos son los que llegan y nadie que lo busque lo encontrará jamás. Esta es la maravilla que solo puedes visitar una vez en tu vida.

La verdad, no se sentía muy afortunada. Unos minutos antes saboreaba la victoria de alcanzar el final de su viaje y en ese momento su perro la fulminaba con la mirada. Se trataba de un chucho único en su singularidad. En sus venas latía una mezclanza tan dispar que no le habría extrañado que se hubiese colado otra especie además de la canina. Era un animal bajito, que apenas le llegaba a las rodillas, pero corpulento y más pesado de lo que aparentaba su cuerpo fibroso. No había uniformidad en su pelaje. Aquel marrón se trataba de una ilusión óptica que, según la refracción de la luz, podía

ser más pardo o más castaño, a veces incluso rozando el negro. Era peludo, silencioso y muy disciplinado. Y demasiado inteligente. Sabía quién nunca comprobaba por dónde pisaba, aunque, en su defensa, no debía haber agujeros tan grandes en mitad del camino. A pesar de su carácter gruñón, la cartera confiaba en él. Desde que la acompañaba nunca había estado en peligro. O en ninguna situación que ella hubiera calificado como peligrosa.

En La Colmena más de uno había insinuado que se trataba de pasotismo y que se había librado de tantos peligros por suerte, lo cual era un comentario sin fundamento. Pues su suerte era objetivamente nefasta.

Tramuntana suspiró antes de sacudirse el uniforme de los carteros de La Colmena: blanco y negro, aunque un negro deslucido, que recordaba más bien al azul marino. Luego recuperó del suelo su gorra con una abeja, el símbolo del gremio, bordada en el costado.

El espantapájaros la observaba con fascinación y un interés un tanto perturbador, pues sus ojos eran dos manchas incapaces de parpadear y eso acentuaba la sensación de que la vigilaba.

—¿Sabes cómo se llega desde aquí a Villa Conejo? —le preguntó.

—¡Absolutamente no! —anunció con voz cantarina y bastante estridente, aunque lo que más le chirrió fue que no moviera la línea que era su boca y el hecho de que tampoco tuviese cuerdas vocales—. Nunca he salido de aquí, ya ni recuerdo cómo solía ser el mundo.

Dime, ¿al final qué le pasó al sol? Lo último que me contaron es que se estaba derritiendo.

—Se ha deshecho en una miríada —comentó, abstraída.

La culpable de su urgencia se agitó dentro de la saca, donde se apiñaban las cartas, y ella le dio un golpe a la tela para que no se escabuliese. Le había tocado una de las insistentes, de las que regresaban como una criminal reincidente. Empujaba a las demás con ferocidad, las desgarraba para colocarse la primera en el montón. Había cartas así, tan testarudas que mordían la mano. Por eso mismo solían alcanzar pronto su destino. Esa no. Y Tramuntana jamás le había dado mucha importancia a aquel misterio hasta que lo había descubierto dentro de su bolsa, con los pliegues curvados en una sonrisa amenazadora.

Rebuscó en la saca, casi llena. Por el momento había repartido muy poco, en parte por caer en ojales cuando estaba tan cerca de su destino, pero también por ciertas cartas terribles como la de Villa Conejo. Sus dedos tropezaron con un sobre en blanco donde alguien había garabateado un nombre y encima con muy mala letra.

—Oye, ¿podrías ayudarme? ¿Sabes quién o qué es Mágica Pirimpella?

El espantapájaros ladeó la cabeza en la imitación de una mueca pensativa por parte de un nabo sin rasgos.

—Creo que escuché una vez ese nombre, pero ya lo he olvidado.

Tramuntana gimoteó, frustrada. Se había sentido tan ligera ante la posibilidad de quitarse una carta que tuvo la impresión de que la saca pesaba el doble.

—Gracias de todas formas. —Su cuerpo perdió una pizca de consistencia al suspirar. Y le salió un silbido deshilachado al llamar a Azulejo.

—¿Os vais? ¿Ya? ¿Tan pronto? ¿No te gustaría recorrer el Ojal?

El espantapájaros acompañó cada pregunta con un saltito sin desplazarse del todo de su sitio. Ella le indicó con un gesto de hastío la bolsa a rebosar.

—Estoy ocupada. Tengo que llegar al cuadrante V783d... —Se mordió la lengua al comprender lo infructuoso que sería pedirle indicaciones—. Lo siento, estoy trabajando. No puedo quedarme aquí a perder el tiempo.

Lo murmuró con desgana, pues no le apetecía mucho llegar a Villa Conejo. Aunque los carteros llevaban la correspondencia a los destinatarios, nadie estaba obligado a aceptar esos pedazos de papel, en ocasiones inoportunos, casi siempre inesperados. Y las cartas no leídas regresaban una y otra vez a La Colmena hasta cumplir su propósito.

Una determinación implacable impulsaba a las cartas a concentrarse en un único punto. Y así a un avisado con demasiadas buenas intenciones se le ocurrió fundar una oficina de correos que acabó por convertirse en metrópolis. En La Colmena todavía conserva-

ban parte de las ideas antiguas, de esa época tan lejana, cuando el mundo era redondo, uniforme y regido por leyes inalterables. O así se lo habían explicado. A ella le resultaba inconcebible imaginar un lugar tan monótono y constante. Aunque lo que más le costaba asimilar era que una vez fue una esfera. Eso sí era un disparate. Y luego estaba el asunto de los seres humanos.

Nadie, ni siquiera los pocos que quedaban, se creía eso de que antes fuesen la única especie racional. Tramuntana solía sentirse identificada con ellos, en su rareza imperfecta, y por eso adoptaba su forma en estado sólido. Lo cual había sido bastante complicado. Los testimonios más abundantes, de grabados y pinturas, mostraban una apariencia inimitable en la vida real. Ella lo había intentado. Se había pasado bastante tiempo alternando entre formas defectuosas. Así había descubierto que era imposible mantenerse de perfil al tiempo que el cuerpo estaba de frente. O adoptar esos ojos que cubrían media cara. Hasta que, en uno de sus viajes, en los que había llegado al lugar equivocado, se encontró con humanos de verdad. Y, después de endosarles un panfleto de publicidad, uno de esos sobres sin dueño que debía entregar también por narices, se largó robándoles la imagen de una joven menuda del color del barro y ojos verdes.

El espantapájaros inclinó el nabo en un gesto alicaído.

—Entonces hasta nunca, cartera. Espero que a lo largo de tu viaje aprecies la buena fortuna de los desvíos.



La dama compartía las mismas dimensiones apoteósicas que la habitación. En su presencia, Tramuntana se sintió diminuta e insignificante, una mota de polvo en un cuarto con aspiraciones a catedral. Unos estantes de libros cubrían las paredes hasta rozar el techo, eclipsado tras un rostro aristocrático. Su cara era una lágrima de acero sin más rasgos que unas manchas de herrumbre. Aun así, supo que la examinaba con la curiosidad que se merecía un insecto.

Dio un respingo cuando la dama extendió hacia ella uno de esos brazos finos y delgados como la pata de una araña. La criatura se encorvó entre el chirriar de engranajes y el frufrú de su vestido. Sus dedos eran de alambre retorcido y de entre ellos colgaban restos

de cables y juegos de cadenas. La cartera los contempló tan fascinada que casi se le olvidó el propósito de su visita.

Al abrir la bolsa, las cartas ronronearon con sus voces de papel. De aquella madeja apelotonada agarró una arrugada tras cientos de viajes, con el sobre más amarillo que blanco y la dirección emborronada por salpicaduras de un rojo pardo, de sangre reseca, café o barro. Se la tendió a la dama, quien la aceptó con delicadeza y luego la acercó hasta su rostro.

Mientras examinaba el lacre con una parsimonia exasperante, Tramuntana se mantuvo inmóvil. Había buscado el cuadrante V783d entre malhumorada y curiosa por las peculiaridades de aquel encargo. Aquella carta era persistente, puñetera y cabezota. Por su culpa había recorrido caminos encerrados en un bucle, bosques extintos, se había caído en la octava maravilla, de la que nunca había oído hablar, y le habían cerrado cuatro puertas delante de las narices. Se había perdido tantas veces en un mismo viaje y acabado en lugares tan opuestos que seguramente implicaba algún tipo de récord. Y eso que la dirección no era confusa, a pesar de las tropecientas vueltas que le había costado alcanzar aquel sitio.

Una borrasca le agitó el corazón cuando la dama sacudió la cabeza antes de devolverle la carta. La mirada de Tramuntana osciló del sobre a la destinataria con aprensión y una pizca de resquemor. «¿Y ya está?», pen-

só. «¿Eso es todo? Es uno de los puñeteros misterios de La Colmena y resulta que no hay ni buzones encantados ni sellos devorapapeles, solo una señora que no le da la gana aceptar el correo. ¡Ni que cobrásemos por nuestro servicio!». A pesar del varapalo, se obligó a esbozar una sonrisa, que era más bien mueca.

—¿Pu-puedo preguntar por qué? Esta carta ha viajado muchísimo. Aun si no la quieres leer, te recomiendo que te la quedes. Porque si no volverá. —«Y nosotros también», pensó sin saber ya cómo explicar todos los quebraderos que provocaba su indiferencia—. ¿Por favor?

La dama negó de nuevo antes de enderezarse. Los cables que emergían de su espalda se estiraron y rechinaron, entre el ruido del gas y una pizca de vapor. La sala entera se estremeció. Unas estructuras negras atravesaron la pared. Al principio, le parecieron alfileres torcidos; luego, varillas de alambre; después, patas de insecto. Se desplegaron mientras una pantalla se extendía tras la criatura de metal. Refulgía con ese mismo gris del acero deslustrado y la cartera comprendió que se trataba de una prolongación más de su cuerpo.

«OS HABÉIS CONFUNDIDO». Las letras titilaban al hilar palabras, que se desvanecían demasiado rápido. «YO NO SOY LA DESTINATARIA DE ESTA CARTA. LA MANSIÓN QUE BUSCÁIS ESTÁ AL OTRO LADO DE LA COLINA».

A Tramuntana se le escapó una risa nerviosa. Recuperó el sobre tras disculparse un millón de veces y darle

mil gracias por las indicaciones. Las puertas se abrieron en una despedida que no admitía prerrogativas. La cartera recogió sus bártulos y huyó con la urgencia de un vendaval, pero sin ser muy descortés. Nada más abandonar el cuarto, tras su espalda sonó un violento portazo. Su eco la acompañó mientras atravesaba el pasillo. La vergüenza le difuminaba los rasgos. En lugar de enrojecer, párpados, cejas y ojos se deshicieron en un borrón, que casi le cubrió las mejillas. No era la primera vez que le sucedía. Siempre se las ingeniaba para confundir los puntos cardinales y elegir el camino incorrecto en las encrucijadas. Podía caminar con la mirada fija en el mapa y, aun así, equivocarse.

El pasillo era recto, estrecho, larguísimo y de paredes lisas, y conducía con milimétrica exactitud a la salida. No había otras puertas, solo la inmensa de la entrada y las dobles compuertas metálicas de la habitación de la dama. La mansión se componía de aquel pasadizo apenas iluminado por candelabros.

El mayordomo la asaltó justo al cruzar el umbral, sobresaltándola. Era una calabaza rechoncha con los rasgos congelados en una perpetua mueca de sorpresa y embutida en un traje negro. Del pedúnculo surgían varias ramas, que se entrelazaban en dedos de diferente longitud. Le costó distinguir la nota en la maraña y, aún más, comprender que se trataba de las indicaciones para alcanzar la mansión correcta. Tramuntana contempló el papel con aprensión antes de recogerlo. Nunca servían.

Los vientos que trabajaban en Administración a veces la llamaban «tinta desperdiciada». Apretó los dientes. La dama había mencionado una colina. Eso era sencillo en comparación con viajar a través de lo desconocido.

El «gracias» al mayordomo fue devorado por el chirrido de ultratumba de las puertas al cerrarse. Muy adecuado con ese cementerio, emborronado por una neblina entre verdosa y gris, que reemplazaba al jardín. Las brumas esbozaban siluetas, atisbos de sonrisas, quizá también fantasmas. Pues en el cuadrante V783d yacía una cantidad considerable de muertos y propósitos de Año Nuevo.

Se acordó de las gafas al alcanzar la verja. Descansaban sobre la gorra reglamentaria, cuadradas y grandes, propias de los aviadores. Siempre se olvidaba de aquel accesorio que teóricamente podía salvarle la vida, pero que ella consideraba más bien insignificante. Se las colocó tras apartar los mechones de pelo que se le arremolinaban en torno a la cara. Las lentes estaban tan empañadas que borraban la nitidez del mundo. La cartera abrió la cancela y salió al exterior.

Azulejo la recibió ladeando el morro con desinterés. A pesar de que fuese un guía excelente, que había reducido a un tercio sus errores, Tramuntana retorció la correa de la bolsa con nerviosismo. La Colmena se lo había adjudicado después de que durante un año solo entregara dos cartas y visitase en el proceso medio centenar de cuadrantes. También contaba con una brújula,

que nunca funcionaba como ella quería, y en ese momento, con una nota con indicaciones escritas en Times New Roman.

Aun así, no fue suficiente para que Tramuntana se arrancara el temor de volver a perderse.



Atravesaron una llanura enterrada por las osamentas de unos seres descomunales. Una niebla verdosa, fosforescente en algunos tramos, se enredaba en sus aristas. La cartera se sintió diminuta al cruzar por una caja torácica que servía de túnel. A través de los resquicios entre las costillas se distinguía la acuarela borrosa del cielo, la silueta achaparrada de una colina y, en lo alto, una mansión del blanco mustio de los altramuces y el papel viejo. Entrecerró los ojos. Estaba tan lejos que solo se apreciaba una mota, pero tuvo el presentimiento de que sería preciosa.

—Qué lugar más desagradable —masculló para sí misma mientras se arrebujaba en el abrigo. Azulejo agachó la cabeza, quizá la había entendido o quizá era un acto reflejo a las palabras de su dueña—. Quiero terminar ya y regresar a otro cuadrante.

Las cuencas vacías la vigilaron al escalar una pila de tibias superpuestas. Tramuntana jugó con la densidad

de su cuerpo para volverse tan ligera que sus pasos se deshacían al rozar el marfil descascarillado de los huesos. Aunque habría sido mucho más sencillo deshilvanarse en brisa, su perro era un lastre que tropezaba con los obstáculos, se negaba a meterse en huecos excesivamente estrechos o se resbalaba al trepar por la superficie diáfana de un esternón. Pero también le recordaba con gruñidos de desaprobación que había vuelto a desviarse del camino. Entonces la cartera retrocedía.

A pesar de que aquel lugar fuese bastante inconspicuo en comparación con las maravillas y esperpentos que ya había visitado, el ambiente enrarecido le arrancaba escalofríos. Le extrañaba la dejadez con la que se dispersaban los esqueletos. Por mucho que intentaba concentrarse en la silueta de la mansión, le distraían las muescas y las astillas que salpicaban el cementerio. El recuerdo de una violencia pasada yacía no solo en el exceso de huesos rotos, sino también en las armas. Atisbó podaderas y trabucos, estiletes y cuchillas. El aroma de la batalla seguía adherido a su acero. No olía a muerte, sino a guerra y gritos sin respuesta.

Empezó a impacientarse por seguir en aquel sitio tanto tiempo. Ni siquiera contar con el arcabuz la tranquilizaba. Los fantasmas, las maldiciones y las musarañas solían esconderse en las esquinas tenebrosas y ahí abundaban. Se quitó las gafas, empañadas por la niebla, para ver mejor y cubrir más terreno, pero solo consiguió que la humedad le irritara los ojos. Azulejo se acopló a

su ritmo con un trote silencioso, el hocico gacho y las orejas tiesas.

Y así, a medio correr para huir de peligros hipotéticos, alcanzaron una verja de acero negro. Los barrotes brotaban del suelo, una suerte de espinas, y se entrelazaban en una red sin patrón, tan tupida en algunas partes como agujereada en otras. Su propósito parecía más bien disuasorio, pues había tramos de dos metros y otros, a la altura de sus rodillas, además de huecos por los que alguien podría colarse con habilidad y paciencia. No había puerta ni campanilla, solo la estatuilla de madera de un petirrojo. Tramuntana tragó saliva. Su figura perdió consistencia para deslizarse por un resquicio, lo cual era quizá un poco más aparatoso, pero no corría riesgo de pincharse. Tampoco era la primera vez que allanaba una propiedad ajena y, aunque lo consideraba un derecho más de los carteros, a los dueños no solía hacerles mucha gracia. Dado que la niebla tenía más sentido de la propiedad privada que la cartera, el gris verdoso respetó el límite de la verja.

Al otro lado se extendía un jardín yermo, del que solo crecían gnomos de porcelana. Algunos eran jóvenes y apenas se distinguía la punta del gorro en el suelo, mientras que los adultos sobresalían casi en su totalidad. Había también unos cuantos agujeros dispersos, seguramente de los que habían escapado ya del barro.

El camino se desplegaba con una rectitud precisa, trazada con regla, que conducía a la puerta principal de

la mansión. Esta era más cuadrada que la casa anterior, un poco más grande y con ventanas como ojos, donde las persianas bajaban con fugaces parpadeos y las cortinas se arremolinaban en un iris borgoña. La mirada de la casa se posó sobre ella, intrigada, un pelín hambrienta. Tramuntana entrecerró los ojos, recelosa por su actitud tan vivaz. «Ya sería muy mala pata que fuese una simbiote», pensó. Sacó la carta de la bolsa y se la enseñó antes de acercarse muy despacio. Esperaba que aquella mansión no fuera ni ciega ni ignorante en lo relativo al correo. O que el hambre no la llevase a obviar el blanco del sobre, de sus pantalones y la franja de su chaqueta, que en aquellos tiempos era el equivalente a una bandera de tregua.

A su lado, Azulejo trotaba con parsimonia y sin atisbo de mostrar los dientes. Ella lo vigiló de soslayo. Según había leído, los perros no solo eran unos detectores infalibles de los fenómenos paranormales, sino también unos estupendos protectores.

—Cuento contigo —le susurró.

Él sacudió el rabo en un gesto seco, pero inesperadamente efusivo.

Tras alcanzar la puerta de nogal, le dio un par de golpecitos. Luego se apartó por precaución en cuanto esta se abrió con un crujido. Su interior era oscuro como las entrañas de las cenizas y no se distinguía nada. Hasta que se oyó un chasquido y salió despedida una lengua grande, musculosa, que terminaba en el torso de

una bailarina de madera. Tenía ocho brazos, cinco que surgían por la derecha y tres a la izquierda, además de rasgos de elefante y un reloj en el pecho. Agitó la mitad de sus manos en un gesto de bienvenida y signó para preguntarle qué quería. O eso dedujo. Sus nociones de la lengua de signos eran mínimas, pues se perdió de camino a clase y nunca pudo recuperarla.

—¡Servicio de correos! He venido a entregar esta carta.

Se la tendió. La bailarina de madera deslizó con curiosidad los dedos por el desgastado sobre y la dirección anotada con letra como patas de araña. Sacudió la cabeza al devolvérsela. Luego señaló con los brazos impares un punto lejano tras su espalda. Y ahí, tras la niebla y los osarios, había otra mansión. Su mansión.

—¡Lo siento! Me he confundido, de verdad que lo siento, no quería molestarla —farfulló, apurada mientras la bailarina se encogía de hombros, restándole importancia al asunto—. Gracias por las indicaciones y, de verdad, lo siento muchísimo.

Dio media vuelta y se apresuró a alejarse con pasos inquietos, seguida por Azulejo. Si bien a su perro lo caracterizaba el mutismo, sus silencios escondían matices. Y aquel en concreto la juzgaba por encadenar dos meteduras de pata tan seguidas.

—¡No es mi culpa que haya tantas mansiones! —le chistó.

Tramuntana se giró al alcanzar la verja. Aunque la puerta estaba cerrada, la casa todavía la observaba. Ha-

bía entrecerrado las persianas, lo que le daba un aire de ojos entornados. Sacudió la cabeza, un poco más tranquila. «Bah, es solo un monstruo con pinta de edificio. O una caja de música gigante».

—¡Buena plenilunitarde! —Se despidió.

«Es todo recto», pensó. «No será muy difícil»



Tramuntana parpadeó al alcanzar la calavera de un lagomorfo descomunal cuyas fauces se abrían en una puerta incierta. Al escudriñar los alrededores, descubrió su objetivo varios metros al noroeste. Destacaba entre los edificios desperdigados de aquel cuadrante de altibajos, brumas y esqueletos.

Se arrancó la gorra. Y la retorció con fuerza. Y frustración. Cabreo. Angustia. Azulejo levantó la cabeza al oírla sisear entre dientes y, tras bostezar con desgana, se tumbó sobre sus pies. La cartera lo miró, cansada y un poco envidiosa de su tranquilidad.

—¿Por qué las cosas nunca me salen bien? —murmuró.

Quizá si no se hubiese quejado, el cielo no se habría resquebrajado.

Tramuntana, los huesos y hasta la propia niebla se sobresaltaron por un crujido ensordecedor. Durante un

instante solo permaneció ese ruido indescriptible, que no evocaba nada conocido y que duró lo mismo que un chasquido de dedos.

Cuando la cartera se recompuso estaba tirada en el camino, gorra a un lado y bolsa al otro. Tras incorporarse con torpeza, recuperó sus pertenencias antes de que la bruma las devorase. «¿Qué ha pasado?», se preguntó. No tardó en descubrirlo. Se necesitaba mucha miopía y despiste para ignorar la grieta que perforaba cielo, paisaje y suelo, todo al mismo tiempo, como una hendidura vertical. A su derecha, Azulejo levantó la cabeza con desinterés y bostezó de nuevo.

Tramuntana aproximó y distorsionó todo lo que las gafas captaban para distinguir mejor aquella cosa. Solo se le ocurrió definirlo como «rotura». Parecía una herida en el cielo, un corte que no entendía de dimensiones y que se había plantado a unos quinientos metros a su izquierda. Sus bordes se deshacían en grietas diminutas, que crecerían hasta cercenar parte de la realidad. Quizá en años. Quizá en horas. Conocía las roturas. Además de las cartas, a La Colmena también llegaban los rumores arrastrados por el viento. Sin embargo, nunca antes se había enfrentado a una y no supo qué sucedería cuando se desgajara por completo el cuadrante.

Y ella no se quedaría a comprobarlo.

—¡Vamos! —Le dio un toque en el lomo a su chuchó para que se incorporase.

Localizó la mansión en la lejanía, justo en la direc-

ción opuesta a la rotura. Comenzó a correr con aquella imagen grabada en la retina. Sus pasos resonaron como si en vez de caminar sobre marfil hueco lo hicieran sobre la superficie de un reloj.

Tic tac.



La rotura titilaba con la parsimonia de una amenaza silenciosa cuando Tramuntana alcanzó la mansión. La identificó como la correcta con la misma resolución con la que se había acercado a las otras dos. Sin embargo, su confianza temblaba y de sus dedos surgieron hilachas de vapor al frotarse las manos. Temblaba por los nervios cuando alzó la cabeza para enfrentarse a la placa. Y se le escapó un suspiro, de los que le vaciaban las tripas, al distinguir en la madera la misma dirección de la carta, escrita con letras ondulantes y florecillas en el punto de la i: «π de Villa Conejo, cuadrante V783d».

Tramuntana le dio un toque en la cabeza a Azulejo para indicarle que la esperase. El perro asintió con la misma desgana con la que luego se despatarró. Aunque ella fuese la primera en poner en entredicho el posible vínculo emocional entre ambos, le reconfortaba su tranquilidad al contemplar los tentáculos de niebla que

acariciaban los límites del sendero. Era una de las pocas constantes en una realidad cada vez más caótica.

La cartera enfiló el camino de grava y grapas superpuestas mientras tironeaba de la bolsa. La expectación se arremolinaba dentro de su pecho, un tornado diminuto por el pánico de volver a equivocarse. Nada más alcanzar el portón, tocó la campanilla y esperó a que la recibiesen. Una ranura atravesó la madera con un chasquido, permitiendo entrever el destello fugaz de una mirada, que desapareció al instante. Inquieta, Tramuntana apoyó la cabeza sobre la puerta y pegó la oreja.

Distinguió un reverberar de voces amortiguadas y el eco de otros ruidos indescifrables. Hasta que un taconeo diferente, que remarcaba su presencia con cada pisada, se acercó para abrir con tanta brusquedad que apenas logró apartarse a tiempo. En el umbral se erguía una mujer y tras su sombra se agazapaba una sirvienta moldeada con cubertería y barro de tumba. Aunque esta última era un ser curioso, quizá un elemental de la tierra anclado a diversas cucharillas y tenedores, fue la primera quien atrajo su atención. Muy recta y con el disgusto grabado en un rostro en el que las emociones se reflejaban con dificultad. Su postura y gesto la delataban como la dueña de la casa. Contaba con el número correcto de ojos, orejas y dientes alineados en una simetría bilateral, además de una piel carnosa y desprovista de garras, extremidades de más o añadidos sobrenaturales.

Su ordinariez era de lo más corriente que se había encontrado en sus viajes. Y ahí residía su peculiaridad.

Le recordó a esa otra raza de la que ella emulaba el aspecto y que casi se había extinguido: los humanos.

—¡Tramuntana de la brisa imprevista! —Se presentó, enderezando la espalda tras darle un pisotón al suelo.

—Efectivamente, esta es una visita imprevista —comentó la mujer sin disimulo alguno.

—Ejem, traigo el correo. —Un temblor tenue le recorrió los brazos, desde los codos a los dedos, mientras rebuscaba en la bolsa.

Luego le tendió aquella insistente y puñetera carta.

La destinataria contempló el sobre con el mismo desagrado que los funcionarios de La Colmena cuando lo descubrían en los montones por clasificar.

—No me interesa. —Y cerró con un portazo.

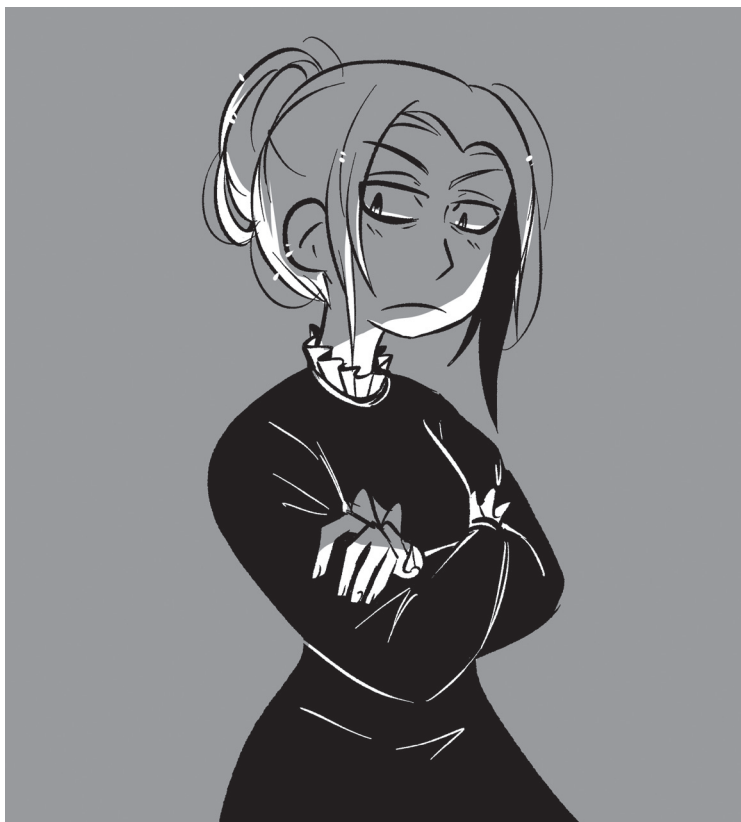
Tramuntana se quedó con una réplica en la punta de la lengua. El pasmo le duró muy poco. «¿Puñetera carta? ¡Puñetera destinataria!». Incapaz de aceptar una negativa sin explicaciones, aporreó la madera, exigiendo a golpes que la volviesen a recibir, pero no se abrió ni la mirilla. Indignada, la cartera hinchó los carrillos. Sopló y sopló, hasta deshacer su figura en brisa y deslizarse por la ranura del buzón. Después del énfasis con el que despedían a los carteros, no le sorprendió que estuviera tapiado. Aun así, las ráfagas de aire siempre se las ingeniaban para atravesar rendijas. Una vez dentro, recuperó su forma corpórea.

Había alcanzado un vestíbulo sumido en una penumbra rojiza, mal iluminado por dos candelabros situados en la pared diestra, dejando la siniestra en su exacta definición. Había enfrente de ella un gran cuadro cubierto por una tela desgastada y un paragüero le rozaba la pernera del pantalón. Tramuntana se giró al escuchar un tintineo de plata. Era aquella extraña sirvienta. Una masa de tierra compacta se escurría por los límites de un vestido negro sin llegar a desmoronarse. La cubtería sobresalía de su cuerpo como flores plateadas y una porción de fango se derramaba sobre sus hombros en una imitación de pelo. La criatura se estremeció al verla y enseguida huyó por el pasillo que nacía en la oscuridad. Aguardó. La dueña apareció unos segundos después por el mismo con pasos furiosos, pero medidos con meticulosidad. Tan regios como su vestido abotonado del cuello hasta la punta de los pies o el moño, donde comprimía todo su cabello gris; tan enfadados como el brillo que anegaba su mirada en llamas. O quizá solo fuera el reflejo de las velas, pues, cuando la alcanzó, la cartera no distinguió ninguna anormalidad.

—¿Qué haces aquí? —Gruñó—. Que seas una emisaria de La Colmena no te exime de las leyes de propiedad. Has allanado mi morada y nada me impide ordenar a mis sirvientes que te echen... o devoren.

—He entrado por la puerta que está siempre abierta a los míos. —Se defendió ella, señalando el buzón.

—¡Eso es para cartas, no para carteras!



Tramuntana se encogió de hombros antes de inclinarse, muy a su pesar, y extender los brazos.

—Acéptala, por favor. Me ha costado muchísimo llegar hasta aquí para entregarla.

—¿Y a mí qué más me da? Además, te has equivocado. No es aquí.

—No, esta vez no. —Su comentario le hizo enarcar una ceja—. Estamos en π de Villa Conejo, lo he comprobado antes de llamar.

«Esta vez», repitió para sí misma. Aun así, la mujer tuvo el descaro de chascar la lengua.

—Está dirigida a Beata Madriguera y yo soy Lucida Madriguera. —Y aclaró tras una pausa—. Su hija.

—Da igual, un pariente de sangre también me sirve. Puedes cogerla tú y dársela a Beata... o incluso podrías leerla. No debería haber ningún problema.

—Esa carta solo contiene malas noticias. —Lucida esbozó una mueca de repulsión—. Si la acepto la quemaré, ¿es eso lo que quieres?

A Tramuntana se le escapó un grito de espanto.

—¡Claro que no! Con todo lo que me ha hecho sufrir, ya la habría quemado yo hace tiempo. Me niego. —Y replegó los brazos a la vez que la mujer extendía una mano.

—Pero no hay otra. Tienes que entregarla y yo puedo hacer con ella lo que me plazca, ¿me equivoco?

—No, pero tampoco te lo recomiendo. Esta carta es especialmente insistente, ¡créeme que lo sé! Lleva años molestándonos en La Colmena. Si la quemas seguro que se las apaña para unir sus cenizas y regresar. No —sacudió la cabeza—, quiere ser leída y a eso he venido.

—Entonces —los labios de la mujer se fruncieron en una fina línea—, desaparece como el mal viento que eres.

Una ráfaga envolvió a Tramuntana. La puerta se abrió al tiempo que la empujaba afuera. Aún no había comprendido lo que sucedía cuando colisionó contra la gravilla del sendero. La cartera se enderezó con un leve aturdimiento, pues sus pensamientos y recuerdos

se habían revuelto como si un remolino le hubiera sacudido la cabeza. Vislumbró una nueva figura tras Lucida. También vestía con un traje oscuro de sirviente y una tetera sobrevolaba en el hueco entre los hombros. Sin embargo, el resto de su cuerpo era aire contaminado, humo de cenizas y de cadáveres al quemarse.

—No me interesa. —Y cerró con un portazo.

Ella se quedó de rodillas; la gorra, a escasos centímetros de sus dedos, y Azulejo, de fondo, bostezando al compás de los números primos. Tramuntana estrujó la carta al apretar los puños. Tras su espalda, la rotura crecía incansable.



Su resolución titubeó al acercarse a la puerta y se desmigajó antes de colarse por la rendija. Quizá su interés por la seguridad de la carta fuese mínimo y tanto ella como su destinataria le resultaran profundamente irritantes, pero el orgullo agitaba los vientos de su pecho. No tenía muy claro por qué se había negado. Estaba hasta las narices de aquel encargo y la satisfacción de cumplir una misión compleja no compensaba tantas vicisitudes. Sin embargo, por influencia de su juramento o tal vez por cabezonería, Tramuntana decidió que persistiría hasta el final. Solo la lectura calmaría la tenacidad de aquel men-

saje. Según el punto de vista, podía considerarse tanto un ritual como un asesinato: el de aquel espíritu de papel que no descansaría hasta ser leído.

Sucedía siempre en esos escritos en los que se volcaba el alma, parte del corazón y demasiados sentimientos. Adquirían la conciencia de un ser incompleto al que le faltaba su otra mitad.

La carta se revolvió entre sus dedos con un movimiento tenue pero ansioso, que retorció el papel y trazaba arrugas en diagonal. Tironeaba de ella con urgencia, también con la cobardía de ampararse en su protección.

Tramuntana suspiró, resignada, antes de regresar con Azulejo. Aunque soltó la bolsa como un peso muerto, el animal ni se inmutó. Había empezado a echarse una cabezadita. Solo se llevó a la mansión la misiva a entregar y un arcabuz con una corbeta grabada en el mango. Nunca había comprendido qué pintaba un buque de guerra en lugar de una abeja. Pero dado que el arma también estaba roñosa, con el cañón oxidado y la cureña a punto de desprenderse, todo apuntaba a que le habían endosado una antigualla con esperanza de que también la perdiera. Tras asir cada uno en una mano, volvió a deshacerse en brisa para atravesar el buzón.

Mismo hueco, misma puerta, mismos centímetros sobrepasados por un soplo. Sin embargo, recobró consistencia en un pasillo cegado con ladrillos en un extremo. Parpadeó sin amedrentarse. Quizá aquel cambio no tenía ningún sentido, pero a ella le reconfortaban los caminos rectos, sin des-

viaciones ni encrucijadas. Titubeó al contemplar el arcabuz. Aunque podía deshacerlo en viento, como la mayoría de sus pertenencias, se sentía más segura si lo llevaba en la mano. Y lo mismo con la carta, aunque por motivos diferentes: de una no se fiaba, mientras que el otro a veces le ahorraba bastantes disgustos. Se encaminó hacia el único lado posible a pesar del crujido de los tablones sueltos y del suelo horadado. Hasta que un agujero, considerablemente grande, inadvertido, apareció justo bajo sus pies. No le importó caer: era otra manera de avanzar, aunque fuese hacia abajo. Se hundió en una oscuridad en la que centelleaban colores fugaces, que desaparecían tan pronto se fijaba en ellos. La gorra se le soltó y casi perdió tanto la carta como el arma al estirar el brazo para cogerla, pero se contuvo a tiempo.



La caída culminó en un foso estrecho, del que sobresalía un auténtico ejército de estacas. Y la habrían ensartado si no hubiera sido por su estado volátil. Solo la gorra descendió con suavidad hasta posarse en una de las puntas. Tramuntana se hizo suspiro para trasladarse al interior de la

prenda, elevándola a la vez que ascendía. Le pareció percibir un murmullo quejumbroso atrapado en la madera de las paredes.

Una vez arriba, recuperó su aspecto justo debajo de la gorra para que esta encajara en su cabeza. La cartera se incorporó como pudo con las manos ocupadas y contempló su alrededor. Era consciente de dos hechos: primero, había subido la misma fosa por la que se había caído. Segundo, era imposible perderse por un túnel con un único camino. Aun así, había aparecido en un salón desgastado por el tiempo. Las astillas tapizaban el suelo, y de las paredes y del techo se desprendían retazos de cortinas. Algunas se mecían como fantasmas de tela rojiza. Vislumbró una gran mesa partida por la mitad, los restos desfigurados de sillas descomunales y un reloj de pie torcido en una esquina y con las agujas desparramadas. Las ventanas estaban tableteadas, también la puerta. Y el foso había desaparecido. Salir parecía imposible, al igual que debería haberlo sido entrar. Su presencia era una contradicción que le aseguraba el escape. Tramuntana le sonrió a la nada. Ella era una hija del viento, tenaz como las corrientes de aire.

Enseguida encontró una fisura entre los tablones que sepultaban la puerta. Al escabullirse captó un rechinar, como de dientes apretados. Era el mismo sonido de antes, aunque menos decepcionado y más curioso.

Las paredes que rodeaban a la cartera se abombaron como pulmones que contenían el aliento ante lo inesperado.